

"La otra mirada es hacia afuera: es decir, debemos considerar la imagen del mundo y de la Iglesia en el marco de los tiempos actuales. La pregunta fundamental, a la que no es fácil responder, es la siguiente: ¿Cuál es la misión de la Compañía en el momento que viven el mundo y la Iglesia? ¿Qué orientación y qué trabajos exige de nosotros la mayor gloria de Dios? O, para decirlo de otra forma, ¿qué haría hoy San Ignacio? ¿Cómo traduciría a la vida real sus principios? Todas estas interrogantes debemos afrontarlas resueltamente y con espíritu sincero y abierto, para darles solución."

A continuación, el P. Arrupe se aventura con notable audacia a expresar su criterio personal, que puede quedar sintetizado en frases como éstas:

"Hay una mayor exigencia en nosotros, de más profundidad espiritual y mejor formación que la que exigía el siglo XVI."

"Si no queremos abandonar nuestro frente, debemos ser, en cierto sentido, más ignacianos que San Ignacio, por cuanto debemos llevar sus principios hasta las últimas consecuencias."

"Liberar a la Compañía de todo aquello que puede restar eficacia a su trabajo."

"Utilizar plena y eficazmente los medios humanos y modernos de la técnica y de la organización, de acuerdo con la norma del tanto-cuanto."

"Debemos salir al encuentro de las exigencias de los jóvenes; que además son las exigencias de nuestros tiempos."

"Si logramos esto, injertar la nueva fuerza en la sana tradición, habremos obtenido una simbiosis de la que se seguirán frutos maravillosos."

"No olvidemos esto: tal como ahora juzga la historia los acontecimientos del siglo XVI, serán juzgados nuestros hechos y determinaciones por la posteridad, y, lo que es más importante, tendrán efectos muy graves para la futura Compañía de Jesús y, consecuentemente, para la salvación de las almas."



La opinión de los laicos

COMPRESION E INCOMPRESIONES DE LA REFORMA LITURGICA

Renzo Ricciardi

LA acogida dispensada por el "pueblo fiel" a las innovaciones litúrgicas en la celebración de la Misa no ha sido favorable en todas partes; más bien, en algunos países presenta un balance provisionalmente pesimista. (Demos gracias a Dios que entre estos países no esté incluida Venezuela, donde ya los problemas sobran.) Algunos, por escasa propaganda y catequesis de parte de la Jerarquía local; otros, por ignorancia o engreimiento o falta de

agilidad mental, han manifestado reacciones negativas, que nos proponemos analizar porque, en la unidad del Cuerpo Místico, afectan también a nosotros y además podrían alentar a una escasa minoría de descontentos, que aquí tampoco faltan, y confundir a las almas sencillas.

Antes de todo, será oportuno remachar este principio: las nuevas normas litúrgicas no son optativas, de manera que los fieles y el mismo clero puedan aceptarlas o re-

chazarlas a su antojo, como en anteriores experimentos; sino que tienen carácter obligatorio para todos y representan la primera etapa de un camino trazado por los Pastores de la Iglesia reunidos en Concilio bajo la dirección suprema del Papa, para volver a la liturgia, "cumbre y fuente de la vida cristiana", más adherente a sus finalidades, pues la celebración de los sagrados misterios no compete sólo al sacerdote, sino a todos los fieles, que son miembros de Cristo a par-

tir del bautismo y participan de su real sacerdocio. (Nos referimos a voces según las cuales algunos obispos de Italia y de Norteamérica habrían decretado volver a la celebración de la Misa según el rito anterior a la reforma; lo que podría ser cierto sólo en el sentido de subsanar una falta de preparación de la feligresía a las nuevas normas.)

Renovación litúrgica: un largo camino

Otro punto por aclarar es el siguiente: la reforma de la liturgia no es algo que ha brotado de improviso de las cabezas del Papa, de los Cardenales y Obispos reunidos en Concilio, y tampoco ha nacido bajo el impulso de Juan XXIII, de venerada memoria: estaba en camino desde más de veinte años, junto con el llamado "resurgimiento bíblico" (las dos cosas están íntimamente relacionadas) y había tenido ensayos parciales, realizaciones locales en muchos países católicos antes de pasar a la Constitución Apostólica aprobada por los Padres Conciliares y sancionada por el Pontífice.

Bajo Pío XII se inició este movimiento allá por los años cuarenta, con el nuevo patrón de las casullas (restituidas a su modelo antiguo), con la prescripción de limpiar los altares de tanto adorno superfluo y de mal gusto, con la invitación a los fieles para que siguieran el santo Sacrificio en el misal, en lugar de distraerse o aprovechar el tiempo dedicándose a sus devociones particulares. Luego vino el experimento de la Misa comunitaria, en la cual por primera vez los idiomas modernos fueron parcialmente introducidos en sustitución del arcaico latín. (Los que hemos doblado la esquina del medio siglo aprendimos a rezar el Padrenuestro, el Gloria, el Avemaría, el Dios te salve, Reina, y las letanías de la Virgen en latín; y hace tiempo que todo esto se cambió por el castellano. Ahora le llegó el turno a la Misa.) Tampoco la "oración de los fieles" es una novedad absoluta, pues en ciertos países donde se decía la Misa comunitaria algunas iglesias ponían un cuaderno escolar abierto sobre una mesita para recibir las "intenciones de los fieles", que se leían durante el Ofertorio, y a las cua-

les los asistentes se asociaban repitiendo en coro: "Te lo pedimos, Señor." Aquí van unos ejemplos: "Por los curas obreros de la Misión de Francia... Para que termine la guerra en Corea... Por los que buscan una vivienda... Para que los esposos desunidos no lleguen al divorcio..." Y así por el estilo.

Y también en aquel entonces estas "novedades" escandalizaban a un gran número de "guardianes del Templo": "Nos están cambiando la Misa", decían. "La Iglesia debe quedarse Iglesia: intangible e inmutable por los siglos de los siglos." Y olvidaban que en las catacumbas el latín era el idioma vernáculo de los asistentes. (Quizás, entre los judíos convertidos a la nueva religión, y debía haber muchos, no faltarían algunos que protestaban: "Pero ¿por qué este latín? Jesús hablaba el arameo, como todos los vecinos de Palestina...")

Un escritor católico francés, Henry Queffélec, en su encuesta sobre la decadencia religiosa de los arrabales de París, publicada en 1954, he aquí lo que dice, entre otras cosas, acerca de los primeros ensayos de renovación litúrgica (Misa dialogada, el altar vuelto hacia el pueblo, etc.), que ya se experimentaban desde unos años en algunas iglesias parisienses:

"Nosotros podemos testimoniar que, en algunas parroquias, la celebración de la Misa se ha vuelto mucho más conmovedora y edificante para la feligresía que participa en ella; pero hay fieles que se lamentan de las nuevas prácticas, gente muy piadosa que no querría oír volar una mosca durante el oficio divino, y las respuestas de los dialogantes los distrae desagradablemente. Chiticallando, algunos abandonan la iglesia parroquial y van a escuchar la Misa en otra parte: en alguna capilla privada, por ejemplo... Se han visto iglesias que, después que cambiaron el cura párroco, han vuelto a la celebración tradicional." (Le jour se lève sur la banlieue.)

No hay nada de nuevo bajo el sol. Y ahora que la Misa comunitaria, con ciertos retoques, se ha vuelto obligatoria en todas partes, han empezado los refunfuños y las protestas... Los "protestantes" católicos son los mismos que, al principio, no recibieron con agrado otras "novedades": la celebración de la Misa vespertina y las nuevas normas para el ayuno eucarístico,

porque no habían comprendido que estas innovaciones servían, la primera, para facilitar la asistencia, posiblemente diaria, al santo Sacrificio, a obreros, empleados, estudiantes y madres de familia, a quienes resultaba sumamente arduo ir a la iglesia en las primeras horas del día, y la segunda permitía a todos una participación más asidua en la Cena eucarística. Sin embargo, hoy las dos cosas han entrado en la práctica corriente y representan un beneficio que ningún católico —"protestantes" inclusive— estaría dispuesto a renunciar.

Participar en la Misa

El silencio estaba bien cuando la Misa tenía que ser escuchada por los fieles (uno de los mandamientos de la Iglesia prescribe: "oír la Misa todos los domingos y otras fiestas de obligación"); mientras ahora las nuevas normas litúrgicas piden a los fieles el participar en la Misa, es decir, ponen el acento sobre la colaboración activa de los seglares para que tengan (o adquieran) la conciencia de ser Iglesia al igual del sacerdote y copartícipes con él en la celebración de los sagrados misterios.

"La Santa Madre Iglesia desea ardientemente que se lleve a todos los fieles a aquella participación plena, consciente y activa, en las celebraciones litúrgicas, que exige la naturaleza de la Liturgia misma y a la cual tiene derecho y obligación, en virtud del bautismo, el pueblo cristiano, "linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido" (1 Pedro, 2, 9). Al reformar y fomentar la sagrada Liturgia, hay que tener muy en cuenta esta plena y activa participación de todo el pueblo, porque es fuente primaria y necesaria de donde han de beber los fieles el espíritu verdaderamente cristiano; y por lo mismo los pastores de almas deben aspirar a ella con diligencia en toda su actuación pastoral por medio de una educación adecuada." (Constit. n. 14)

La reforma impone a los fieles una apertura generosa en el sentido comunitario (la Misa es de toda la asamblea, no de cada cual); lo que equivale a renunciar al propio individualismo, siempre peligroso, o tan sólo a prejuicios y hábitos que nada tienen que ver con el espíritu de la liturgia. Es motivo de risa el asombro de los que no saben entender por qué se le

cambió "su" Misa, y se creen defraudados mientras se les enriquece. Los Padres Conciliares no han hecho otra cosa que libertar el Sacrificio divino de incrustaciones que con el pasar de los siglos se habían acumulado sobre la estructura original y desde tiempo clamaban a gran voz por una obra de reforma y restauración.

Esto me hace recordar lo que pasó en un pueblo de Umbría, en Italia, a principios de este siglo. El cura párroco encargó a un taller de arte de Florencia la tarea de limpiar y retocar una pintura sobre madera, representante de la *Addolorata* (la Dolorosa), que con el pasar de los años se había vuelto oscura y borrosa. El artista retocador, al raspar suavemente la pintura del cuadro, vio aparecer las trazas de una pintura más antigua sobre un fondo de oro, y, después de haber recibido la autorización del párroco, mediante un delicado proceso químico para hacer desaparecer los colores superpuestos sin dañar los preexistentes, puso al descubierto una admirable pintura, obra de un gran maestro de la escuela toscana anterior a Giotto: Duccio di Bonansegna, que reproducía con la piadosa ingenuidad de los primitivos del siglo XIV, una escena navideña: la Adoración de los pastores. (Era corriente en los siglos pasados que pintores mediocres y hasta artesanos se sirvieran de antiguos cuadros, tal vez de gran valor artístico, para echarlos encima los nuevos colores de sus mediocres composiciones; y lo mismo, en cierto sentido, pasó con la Misa, donde antiguos textos preciosos fueron substituidos o sobrecargados por añadiduras innecesarias.) La noticia, llevada en alas del telégrafo, tuvo lugar destacado en la prensa mundial y provocó verdaderas peregrinaciones de críticos, expertos y aficionados del arte antiguo. Los únicos en los que el descubrimiento sensacional no suscitó ningún entusiasmo, fueron los parroquianos, muy devotos de su *Addolorata* —una modesta pintura estereotipada y dulzona de fines del siglo XVIII—, quienes se lamentaron con el párroco porque le habían cambiado "su *Madona*" por otro cuadro que no les había hecho ninguna gracia, y le invitaron a iniciar una suscripción y reunir los fondos necesarios para encargar otro cuadro igualito a la Virgen de los Dolores de su devo-

ción, a la que no querían renunciar de ninguna manera. Más o menos, es lo que ha pasado con ciertos feligreses que no quieren renunciar a la Misa en la forma a la que estaban acostumbrados.

¿Qué pasa en Italia y en Francia?

En Venezuela la mayoría de los fieles se quedó muy satisfecha de la reforma: todos se han sentido más Iglesia y se alegraron de haber pasado de la condición de espectadores pasivos a la de partícipes en el santo Sacrificio. **Deo gratias.** Sólo los que frecuentan poco las iglesias y tienen a la religión en el mismo plano que a su esposa: la descuidan, pero quieren que haga sólo lo que a ellos se les antoje; y los que, por el contrario, las frecuentan demasiado y acaban por nutrirse más de chismes de sacristía que de verdadera devoción, no apreciaron los cambios. Ya lo había apuntado el P. Ganuza en un vespertino de esta capital: "Recelos y dudas... han nacido de los pequeños grupos más o menos fervientes y clericales." Dejémoslos en su beatería.

El conocido columnista **Calibán**, en "El Tiempo", de Bogotá, escribía el mes pasado: "Las reformas de la liturgia en la Iglesia católica no son de fondo ni responden a ninguna necesidad urgente. ¡Caramba! ¿Por qué no lo llamaron como laico experto en el Concilio? Antes bien, muchos fieles se sienten confusos y defraudados. (¿Confusos, por qué? ¿Por el castellano? ¿Y defraudados, de qué? ¿Del latín?) Creen que a la Misa se la ha quitado el santo misterio que la rodeaba. No encuentran útil el canto en común, imitación del culto protestante..." y otras necedades por el estilo. El comentario fue inspirado por la información de una agencia noticiosa que el diario bogotano había publicado el día anterior bajo el título: "Los católicos italianos rehusan ir a la iglesia." En Italia, efectivamente, algo anda mal; no a todos los católicos gustó la reforma y hubo reacciones desfavorables, aunque no de la magnitud que se pretende: una porción de fieles prefería la Misa con el latín incomprensible y la asistencia con la boca callada.

Sería interesante averiguar qué hay detrás de estas protestas. Di-

cen por ahí que algunos círculos católicos bien conocidos de Italia y Norteamérica, usando la vieja técnica de echar la piedra y esconder la mano, es decir, alentar el descontento de unos tontos útiles, quieren impresionar al Papa con el desasosiego de los fieles para frenar la tendencia reformista de la Iglesia en la próxima sesión del Concilio. Véase, entre otras, la información, procedente de Nueva York, bajo la firma de Louis Cassel, publicada en "El Universal", de Caracas, el 17 de abril ppdo., en la página 3, de donde sacamos estos períodos:

"Muchos católicos están desconcertados ante las radicales reformas iniciadas por el desaparecido Juan XXIII... La Iglesia ya no es la institución sosegada que solía ser (¡y por eso los fieles se habían dormido y era necesario despertarlos!). Sentados en sus bancos en las iglesias, muchos cristianos no saben lo que está ocurriendo ni dónde terminará todo esto. "¿De qué manera podremos volver a depositar nuestra confianza en lo que enseña la Iglesia, si tanto de lo que se nos enseñó cuando niños ahora resulta equivocado?"

Ahí asoman los fillos de los titiriteros que fomentan la confusión y alentan las protestas: reflejos del viejo integrista, prohibido por Benedicto XV, pero aún persistente y duro en desaparecer. Por lo que a las reformas litúrgicas se refiere, ellos encontraron el terreno abonado por la pereza mental de un cierto número de eclesiásticos y seglares que no toleran el modesto esfuerzo que se necesita para ajustarse a las nuevas normas. Pero ¿es posible que los Padres Conciliares se hayan equivocado? Si hubo una Constitución aprobada por una mayoría asombrosa de casi el cien por cien de los votantes, fue la Constitución Dogmática sobre la Liturgia (4 de diciembre de 1963): 2.147 *placet* y sólo 4 *non placet*. (Como los que no están conformes se han manifestado en varias diócesis, podría quizás deducirse que algunos de los... titiriteros estaban entre los que votaron en favor.) Tengo la impresión de que los que protestan por las reformas litúrgicas saben muy bien que, después que el Sumo Pontífice ha aprobado y promulgado aquella Constitución, la misma ha pasado a ser una ley de la Iglesia y hay la obligación de acatarla; de donde podría sacarse que las nuevas

normas litúrgicas sean sólo un falso objetivo para impresionar al Pontífice acerca de las otras Constituciones que están en gestación.

La situación en Francia no parece ser mucho mejor que la de Italia, si el arzobispo de París, cardenal Feltin, hablando a principios de este año a los dirigentes de A. C. y de otros grandes movimientos laicos, dijo que en Francia, en este momento, se vive un período de agitación político-religiosa.

"Se critica al Concilio, dijo; se critica a los obispos; se intenta oponerlos entre sí, de oponer los sacerdotes a los obispos y a los sacerdotes entre sí. Se lanza a la cara el calificativo de "progresista", que es la etiqueta fácil aplicada a los que no gustan.

"Esta agitación es, sobre todo, alimentada por una serie de mentiras, de calumnias, de juicios temerarios emitidos por gente que se atribuye un mandato de defensores de la ortodoxia, que nadie les dio... Esta penosa agitación es mantenida también por libros, folletos, volantes distribuidos hasta en las puertas de las iglesias por cristianos que se dicen los únicos depositarios de la verdad.

"Lo que se necesitaría es mucha serenidad, caridad fraterna, espíritu de paz; habría que po-

ner en práctica toda la doctrina de la Iglesia en lugar de sacar provecho partidario de tal o cual pasaje aislado del contexto...". (Docum. Catholique, n. 144)

A propósito de estas graves declaraciones del cardenal Feltin, el director de *L'Osservatore Romano*, el 24 de enero, hizo un largo comentario deplorando "ciertas actitudes de intolerancia que amenazan dividir lo que debe permanecer unido, es decir, la jerarquía, el clero y los fieles" y condenando severamente ciertos sectores "que se inquietan de cualquier innovación legítima y de toda aplicación de nuevas concepciones y nuevos métodos en la continuidad de la enseñanza y de la tradición".

Así y todo, no debemos conceder a ciertas manifestaciones más importancia de lo que merecen. La reacción negativa es característica normal de toda innovación, no sólo en el campo litúrgico o religioso; y también los elementos más reacios con el tiempo se irán acostumbrando a las "novedades". Dentro de un año, quizás más, nadie se acordará siquiera de estos movimientos artificiosos suscitados por los que llamaría "agentes provocadores", ansiosos de conservar po-

siciones no siempre y no todas ideales.

Que los laicos no se dejen engañar, más bien cooperen en una siempre más íntima participación en la obra maestra de la liturgia: la santa Misa. Ha sido un gran sacrificio para la Iglesia proceder a ciertas eliminaciones y abandonar en extensas partes el noble y real idioma de su tradicional uso litúrgico; pero más grande aún es el motivo que justifica el sacrificio: la preocupación pastoral de que el pueblo cristiano participe con conocimiento en los ritos sagrados. No es que el uso de los idiomas modernos resuelva todos los problemas, más bien es posible que cree otros nuevos; pero es de esperar que esta innovación sea como el éffeta (ábrete) del Evangelio para los que en la Iglesia quedaban sordos a la palabra de Dios; abra la boca de los que no sabían orar en una lengua desconocida.

Lo que se propone la reforma es una liturgia del cielo, en la celebración de la Pascua eterna, cuando arcanas melodías percibirá nuestro oído y nuestros labios entonarán el "cántico nuevo" de la salvación y de la eterna alegría.

Los autores y sus temas

Juan José Coy, S. J.

LEER "Vidas sombrías" es conocer a Pío Baroja, como leer "San Manuel Bueno, mártir" es conocer a Miguel de Unamuno y leer "La Farisea" es conocer a François Mauriac. Son "obras-síntesis". Sin que quiera esto decir que la lectura de cualquiera de esas novelas nos exima de leer el resto de la producción de esos autores. Al fin y al cabo, la síntesis es punto de llegada, nunca arranque inicial. Obviamente, toda síntesis procede de un análisis, del cual no podemos nunca prescindir. Quiérese decir tan sólo que en ciertos autores, una vez médianamente conocidos, es posible llegar a

comprender que una obra determinada puede resumir en sí sola toda la problemática, los recursos técnicos, el estilo, en fin, que caracteriza su producción literaria total —tomando aquí la palabra estilo en su más amplio sentido.

Por el contrario, hay otros escritores en los que esta selección definitiva es imposible. Camus es buen ejemplo de lo que afirmamos, pues para llegar a calar hondamente en su temática es fundamental conocer la progresión sucesiva de su creación. Todas sus obras, y además por orden cronológico. Cualquiera de sus novelas, ensayos o dramas, no son sino un eslabón de una cadena que comen-

zó en Mondovi y terminó trágicamente a ocho kilómetros de París. Comprenderemos quizá el eslabón aislado, pero sin conexión con el resto de las piezas perderá sin duda parte importante de su significado. Sería temerario emitir juicios demasiado concluyentes tras una sola obra aisladamente considerada. No tener esto en cuenta ha hecho, como señala Charles Moeller, que por causa de "El malentendido", Camus fuera embarcado en la galera del existencialismo. Cuando en realidad esa obra, y cualquiera de las suyas pretendidamente existencialistas, estaban respondiendo no a una crisis de grupo, sino a una crisis del todo